



Palabras de oro

El burgués quiere salvar ante todo su «respetabilidad», necesaria para conservar su rango, y para eso se esfuerza en sofocar en sí y en los suyos todo sentimiento no autorizado por la sociedad, la ley y las preocupaciones. No cree en la religión, pero se casa en la iglesia y hace comulgar á sus hijos á fin de dar el buen ejemplo á las gentes del pueblo, para quienes juzga necesaria una creencia; quizá también por cobardía, no atreviéndose á obrar de diferente modo que las personas de su clase. Porque la cobardía y la hipocresía son con el egoísmo las virtudes teológicas del burgués. Admite muy bien que su hijo á partir de la adolescencia hasta la hora solemne del matrimonio, se despabile y disfrute con hijas de proletarios, destinadas á carne de placer; pero al mismo tiempo afectará respecto de éstas el más feroz desprecio, pedirá contra ellas la cartilla que da el Estado proxeneta y la conservación de la policía de las costumbres, en tanto que su vástago, harto de amores ilegítimos, irá con la frente levantada y sonriente, felicitado por padres y amigos, á casarse con una heredera, á la que ofrecerá los restos de su virilidad.

* * *

A pesar de la mentida palabra «igualdad» inscrita en las paredes de los edificios, la diferencia existente entre los altos burgueses que emplean el teléfono, el telégrafo, viajan en automóvil, en ferrocarril y pronto en aeronave, y el obrero que, todavía en los principios del siglo XX, lleva una vida de bestia de carga, es incontestablemente mayor que entre el patricio y el esclavo de la antigüedad; porque á veces el esclavo era más instruido que su amo, mientras que hoy las ramas del saber, haciéndose innumerables y complicadísimas, para asimilárselas se necesita tiempo y recursos que no posee el proletario, condenado así á estacionarse en la ignorancia.—C. MALATO.